

los días por la falta de elementos para dar un repique definitivo. Por la mañana, soñoliento e incómodo se el ovo exclamar: —Si continuamos así otros ocho días más, digo lo mismo que Elano: no podrá contarse ya ni con las tropas ni con los oficiales. Diera todo cuanto poseo por tener cinco minutos en mi poder á ese cobardón de Morelos!

CAPITULO XXVI

EL HAMBRE.

Si mala era la situación de los sitiadores, no podía ser peor la de los sitiados de Cuautla, que con víveres apenas para quince días, llevaban ya dos meses de sitio, en los cuales no habían logrado introducir ninguno de los convoyes con que habían pretendido auxiliarlos sus amigos, estacionados en las inmediaciones, por falta principalmente de buenas tropas que no fueran deshechas en la primera embestida.

No obstante, el 26 de Abril tenían aun una última esperanza: Matamoros, el intrépido Matamoros, había logrado salir fácilmente de la plaza con ciento cincuenta hombres escogidos, hacia unos cuantos días, y consideraban, que habiéndose puesto de acuerdo con Rayon que sitiaba á Portier en Toluca y con D. Miguel Bravo, que también tenía la comision de orga-

nizar fuerzas para proteger á Morelos en cuanto pudiera, se hiciera anunciar de un momento á otro con el auxilio deseado. No tenían sobre esto ninguna noticia exacta, porque los de Calleja habían interceptado los correos de Matamoros en que avisaba su aproximacion; pero si les faltaban esas cartas, sabían que el cura había de anunciarse colocando una gran luminaria en un cerro inmediato, señal en que cándorosamente se habían de antemano convenido.

Así, pues, el 26 mencionado, despues de la siesta que el cura Morelos solía dormir cuando se lo permitian sus multiplicadas atenciones, el valiente caudillo se levantó displicente, y aunque se puso á jugar su acostumbrada malilla con dos vecinos acomodados, se notaba que adolecía inquietudes y distracciones que no le eran habituales.

—La jugada es oros y no espadas, le dijo D. Pedro Dávalos, que era uno de los que le hacian tercio, ya son dos veces que cogemos al Señor Cura en renuncio.

—Es verdad, contestó Morelos echando las cartas sobre la mesa, den ustedes de nuevo porque no sé qué tengo ahora.

—Yo sé lo que su señoría tiene, le dijo el tercero, le agobian los cuidados sobre las provisiones.

—Es cierto; ya no tenemos qué comer, porque hasta los gatos se han acabado, contestó el cura riendo; pero si he de hablar á ustedes con verdad, lo que mas me preocupa es no tener ninguna noticia de Matamoros.

—Ha de estar preparando algo bueno, dijo Dávalos.

—Cualquiera cosa que ocurriera ya debía haberme la escrito; pero lo que me temo y casi considero seguro, es que sus cartas hayan ido á dar á poder de Calleja.

—Eso sería grave.

—Tan grave como que va en ello la subsistencia, no solo de las tropas que están en Cuautla, sino de todos nosotros. A estas horas no hay un grano, ni un pedazo de carne, ni nada. Ahora me arrepiento de haber echado fuera toda la caballería, porque nos podríamos comer los caballos aunque estuvieran demasiado flacos.

—Vamos siguiendo el partido para que se nos ausenten esos tristes pensamientos, murmuró Dávalos.

—Sigamos, dijo tristemente Morelos.

Y siguió el partido de malilla, pero aunque el heroico cura hacia prodigios de fuerza de ánimo, siempre incurria en torpezas que no le eran habituales y siempre se manifestaba abstraído y meditabundo.

—¡Nada! nada! dijo suspirando, y yo que esperaba algo esta tarde.....

—¡Codillo! exclamó Dávalos para distraerlo, tenemos treinta y seis.

—Es el quinto, creo, contestó Morelos desplegando una sonrisita forzada.

—Es el sexto.

—Pero es que nadie viene á decirme cualquiera cosa.

—Todo está en calma, no se oye ni un solo arcabuzazo, dijo el tercer jugador, asomándose por la ventana mientras encendían las velas.

Como si tal exclamación hubiera sido un llamamiento al exterior, en ese instante mismo se oyeron algunos tiros y fué anunciado un ayudante de Galeana.

—Que entre, exclamó Morelos, procurando dar á su voz un acento de tranquilidad que no tenía.

El ayudante entró y dijo después de haber saludado:

—El general Galeana me envía á decir á vuesaencia que desde por la tarde se ha estado viendo una humareda en el cerro que usted sabe y que ahora al empezar á oscurecer se ven ya las llamas de una hoguera.

—Es Matamoros! exclamó el párroco sin poder contener su regocijo, y luego agregó sin cuidarse ya de los jugadores de malilla:

—Diga usted á Galeana que aliste á toda su gente, que ya me le reúno en cinco minutos.

Y á renglón seguido dió á voces órdenes para que toda la gente se pusiera sobre las armas, para que se ensillaran las pocas bestias que hubiera disponibles y para que se repartieran todos los víveres y todo el parque que quedaba en la plaza.

—Es el último albur en que vamos á jugar el todo por el todo, exclamó ciñéndose la espada y poniéndose en el cinto un par de pistolas. Señores, agregó inmediatamente dirigiéndose á sus compañeros de

malilla, perdonenme ustedes si dejo por ahora el juego, porque voy á pelear para traerles la subsistencia.

Sus dos compañeros se despidieron del aguerrido cura deseándole el mejor éxito en aquella grande empresa.

Cinco minutos despues efectivamente, segun habia ofrecido, Morelos estaba á caballo al frente de unos cien hombres entre oficiales y soldados, y picando su caballo ordenó que lo siguieran encaminándose al peligroso fuerte que ocupaba el intrépido D. Hermenegildo Galeana, encargado de proveer de agua á la ciudad.

—Ya están allí los víveres, dijo á Galeana luego que se apeó del caballo entre la lluvia de balas que al tropel sentido por los realistas le estaban estos menudeando, como advertidos que estaban de lo que iba á pasar aquella noche; ahora, agregó, ó sucumbimos ó logramos introducirlos para salvar del hambre á toda nuestra gente.

Galeana, que era hombre de mas sangre fria y que habia pensado en todas las dificultades, le contestó:

—Considero conveniente, y es la primera vez que doy mi opinión con franqueza y con el mayor empeño de que se siga, que vuesaencia se quede cuidando la plaza y que sea yo el que vaya con mil hombres á proteger la entrada de Matamoros.

—¿Tiene usted algun plan, mi querido D. Hermenegildo? preguntó Morelos.

—El único mas realizable que es atacar el campo de Llano tan firmemente como se pueda, para evitar

que lleven á cabo cualquiera combinacion que tengan contra nosotros.

—¿De manera que cree usted que Calleja está advertido?

—Indudablemente. Fuera de que hemos observado mucho movimiento toda la tarde en sus posiciones, esa hoguera les está diciendo muy claro que allí están nuestros amigos.

—Y ademas, agregó Morelos confirmando ese parecer, tengo la sospecha de que los correos de Matamoros han caido en poder de Calleja.

—Y sin todo eso, que ya es una evidencia, siguió diciendo Galeana, es natural que el enemigo esté vigilante de todos los movimientos de Matamoros, Bravo y Rayon.

—En ese caso apruebo el ataque sobre la línea de Llano; pero á la vez será preciso que otra columna mandada por mí en persona vaya á ayudar á Matamoros para escoltar los víveres.

—Eso no puede hacerse sino abandonando la plaza.

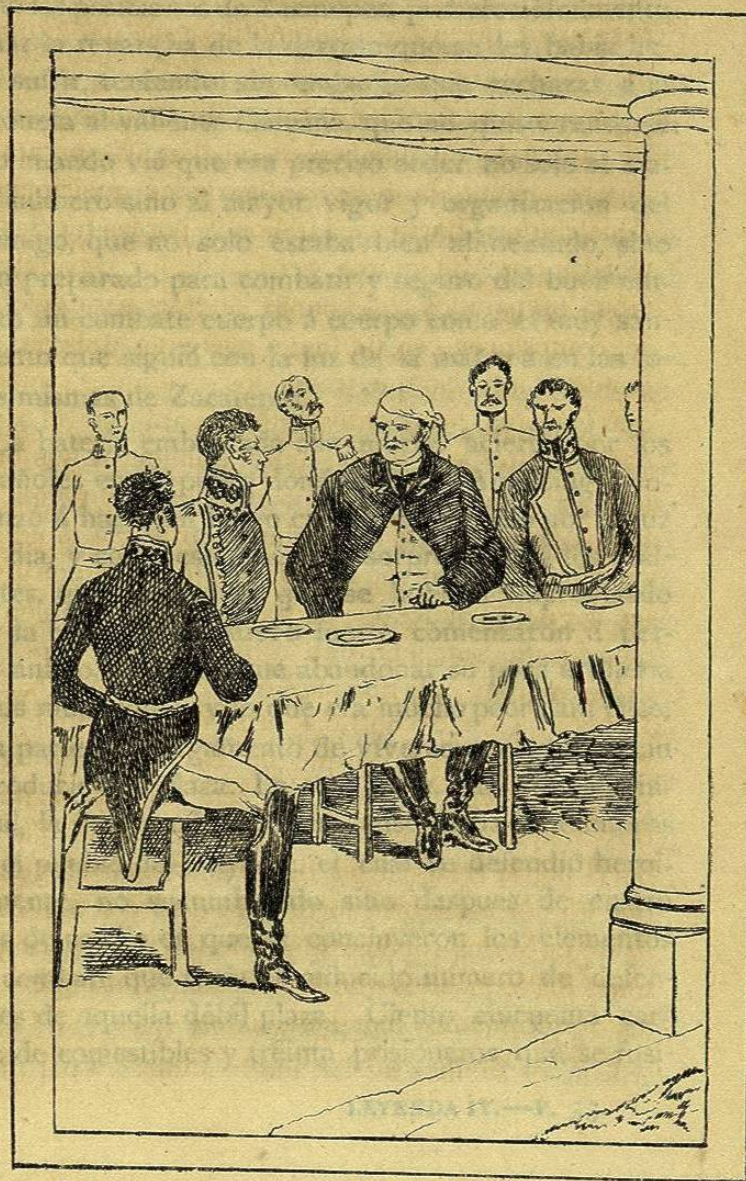
—¿Y qué importaria? exclamó en el primer momento Morelos; pero luego como arrepentido de aquel raptó de viveza, añadió prontamente: perderiamos no solo á Cuautla que es lo que se empeñan en tomar nuestros contrarios, sino nuestros cañones, nuestros hombres enfermos y dejariamos á merced del enemigo á tantos inocentes mexicanos que tienen confianza en nosotros.

—Está bien, hágase como usted indica, Galeana, siguió diciendo despues de un momento, vaya á ata-

car el campo enemigo á la hora que lo juzgue conveniente y yo me quedaré velando por la seguridad de esta plaza, que ya es tan inútil desde que no puede darnos nada de comer.

Segun lo tenian bien calculado sitiados y sitiadores, antes de que amaneciera el día 27 era atacada vigorosamente la retaguardia de las posiciones de Amelcingo y Barranca Hedionda por las fuerzas destacadas por Matamoros; pero como los españoles estaban preparados con buenas baterías para defenderse, contestaron con un fuego mas vivo todavía, mitigando el impulso que traian los asaltantes, mientras que Galeana, preparado tambien para dar el auxilio conveniente, cargó con mil y quinientos hombres y una pieza de artilleria apoderándose de varios puntos de Zacatepec, y envolviendo con una rapidez increíble al batallon de Lobera que por algunos instantes llegó á considerarse perdido. Calleja tambien destacó fuerzas suficientes en auxilio de Zacatepec, que llegaron muy oportunamente para salvar al batallon Lobera que se encontraba prisionero, aunque todavía con sus armas porque no habia habido tiempo para quitárselas, á la vez que en persona rechazaba otro ataque que con tropas menos disciplinadas se le hacia por la retaguardia del mismo cuartel general, que no por estar bien fortificado dejó por eso de hallarse en sérios conflictos, siendo librado de los pelotones desordenados que lo atacaban con ímpetu, por los destacamentos mas inmediatos.

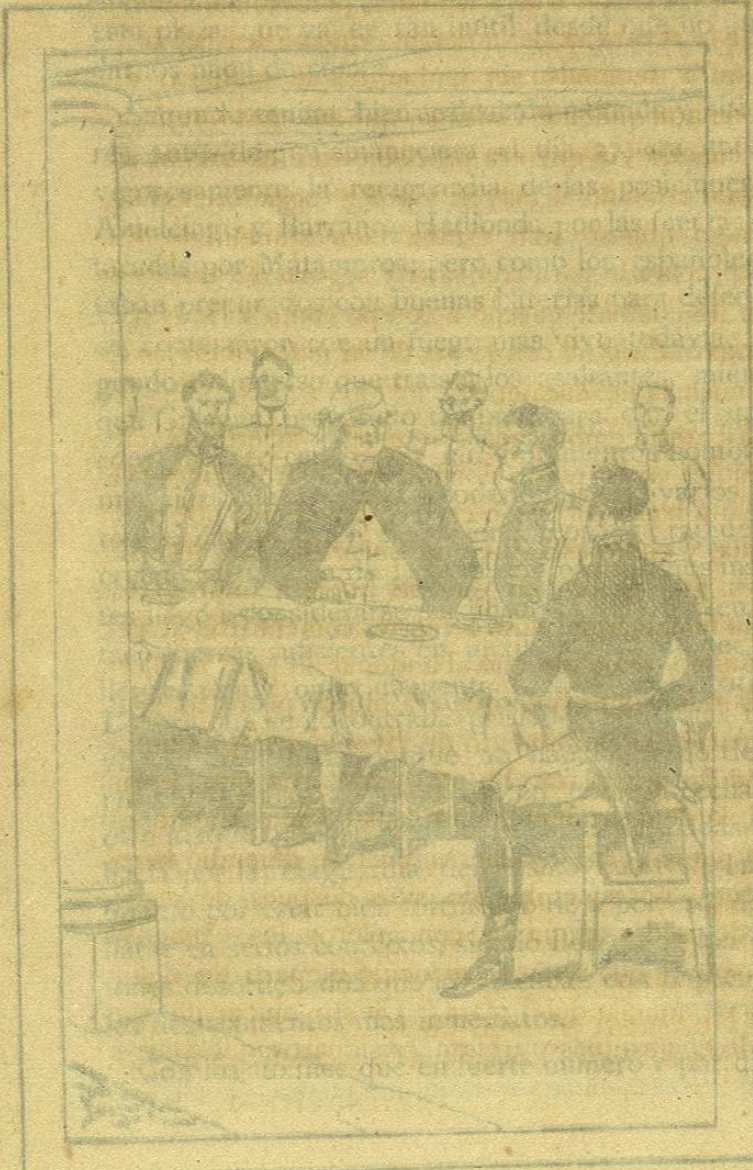
Con los auxilios que en fuerte número y por distin-



La cena que se sirvió fué un plato de garbanzos sin sal y sin manteca.

tos lados tuvieron tanto el perdido batallón de Lobera, como las posiciones de Zacatepec, pudieron fácilmente tomar la revancha de la derrota que se les había hecho sufrir, teniendo sin embargo que rechazar á la bayoneta al valiente Galeana, que no quiso retirarse sino cuando vió que era preciso ceder, no solo al mayor número sino al mayor vigor y organización del enemigo, que no solo estaba bien alimentado, sino bien preparado para combatir y seguro del buen éxito en un combate cuerpo á cuerpo como el muy sangriento que siguió con la luz de la mañana en las lomas mismas de Zacatepec.

La batería emboscada con mucho acierto por los españoles en el punto dominante de Amelcingo, comenzó á hacer un fuego certero favorecido por la luz del día, y como esta fué una sorpresa para los asaltantes, que ignoraban que se hubiera improvisado por la noche aquel nuevo fuerte, comenzaron á perder ánimo, teniendo que abandonar su poca artillería y sus municiones, y lo que era mucho peor para ellos, una parte del cargamento de víveres que pretendían introducir á la plaza. La otra parte, que era la principal, la dejó prudentemente custodiada Matamoros en el pueblo de Tlayacac, el cual se defendió heroicamente, no sucumbiendo sino despues de cuatro días de asedio en que se concluyeron los elementos de combate que tenia el reducido número de defensores de aquella débil plaza. Ciento cincuenta cargas de comestibles y treinta prisioneros que se fusi-



En 7 sin montear
de cona que se vivió fue en plaza de Matamoros sin

laron, fueron los despojos que se recogieron en los últimos atrincheramientos de Tlayacac.

Los prisioneros que hicieron los españoles en los demas combates precedentes, que pasaron de doscientos, fueron tambien fusilados sin quedar uno, por orden de Calleja, siguiendo su propósito de arrasar y concluir con cuanto se le opusiera para que no quedaran ni huellas de su paso en aquella guerra de exterminio.

—Se ha hecho lo que se ha podido, exclamó Galeana despues que hubo dado parte á Morelos del acontecimiento de la mañana.

Y como el cura se encontraba azás mohino con aquel combate que habia pasado delante de sus ojos, en el cual tambien tomó la parte que pudo con los pocos elementos que le quedaron en la plaza, al ver el semblante empolvado de aquel valiente gefe, sus vestidos desgarrados y sus armas aun ensangrentadas, no pudo contener una lagrima que se le deslizó por las mejillas, y le contestó abrazándole:

—Bien, hijo mío, bien; de nada nos sirve el valor cuando nos falta todo lo demas que se necesita para conquistar la victoria. Hemos hecho esfuerzos de titanes; no se puede pedir mas á nuestra humana naturaleza porque no somos semidioses. Ahora ya no nos toca mas que esperar lo que nos digan Rayon y Matamoros que son los únicos que pueden volvernos á tender la mano en nuestra desesperada situación.

Siguió á poco el nuevo golpe del día 30 de Abril verificado en Tlayacac, de que ya hablamos antes,

perdiéndose los víveres que estaban depositados allí como una postrera y remotísima esperanza, y entonces la situacion de los sitiados vino á ser insostenible.

Era la noche de ese día fatal, uno de los mas negros que tuvo en su vida el héroe de Cuautla, cuando encontrándose en su habitacion acordando con los Bravos y Galeana, los medios que debian poner en planta para salir de tan grande atolladero, vinieron á avisarle que en el campamento de Calleja se estaban haciendo señales para que se suspendiera el fuego.

A todos llenó de sorpresa aquella noticia, y como no hay tabla por débil que sea que no sirva de esperanza á los naufragos, se dieron los sitiados á hacer toda especie de congeturas sobre aquel extraño suceso, que no se habia verificado en casi tres meses de sitio, sin poder dar con lo que verdaderamente significaba, hasta que llegó el enviado de Calleja avisando que supuesto que ya no habia salvacion ninguna para los defensores de la plaza, una vez que habian perdido hasta su depósito de víveres de Tlayacac y que sabia que estaban en la última miseria, proponia su rendicion, entregándoles un pliego en que se concedia indulto á Morelos, Galeana y Bravo.

Al reverso del pliego escribió Morelos de su mismo puño y letra y preguntó al oficial:

—¿Cómo se llama usted?

—Soy el alferéz Manuel Calapiz.

—Pues señor alferéz Manuel Calapiz, lleve usted á su general esta respuesta y de palabra puede usted

agregarle que no contábamos aquí para nada con los viveres que fueron quitados en Tlayacac.

—¿Qué puso su señoría en el papel? le preguntaron luego que se ausentó vendado el oficial.

—Que otorgamos por nuestra parte la gracia de indulto al general español y á los suyos, si nos rinden las armas, contestó Morelos riendo con muchas ganas, volviendo á dar muestras, con regocijo de todos, de su antigua jovialidad.

Y sin embargo, en esa misma tarde, había visto á uno de sus soldados mas queridos comiéndose un cuero tostado en la lumbre, diciéndole que lo comía con tal gusto como si fuese el mas sabroso chicharron.

—Bueno, ahora no se van ustedes sin cenar, dijo á sus gefes luego que manifestaron deseos de retirarse, ustedes no han de tener nada en sus alojamientos y yo quiero participarles de mi colacion, aunque no les puedo asegurar que sea abundante.

Todos le contestaron que sí encontrarían algo que comer; pero insistió de tal modo que consintieron en quedarse, aunque estaban seguros de que no podría ofrecerles maravillas.

El mantel de la mesa estaba muy limpio porque el agua y el jabon no escaseaban; pero en cambio se veía muy desprovisto, á diferencia de otras veces en que sobran el pan, la mantequilla, la leche, los vinos y todo cuanto podía verse en aquellos tiempos en el comedor de un general insurgente.

La cena que se sirvió fué un plato de garbanzos cocidos sin sal y sin manteca.

—¡Son los últimos! dijo Morelos, mañana sabe Dios lo que comeremos, á no ser que nos resolvamos á salir á buscar algo en el campo de Calleja que está ahora muy bien surtido, añadió luego riéndose con el mejor humor del mundo.

Al dia siguiente que se supo en la poblacion todo lo que pasaba y que ya no habia esperanzas de recibir ningun auxilio, la mayor consternacion se difundió entre los habitantes y las mujeres recorrian las calles dando alaridos y pidiendo á cuantos encontraban algo de comer.

Los soldados siempre en sus puestos, sin raciones y sin nada que les pudiera ya servir de alimento, estaban taciturnos, enflaquecidos, casi cadavéricos.

Morelos anduvo por todas partes tratando de reanimar tanto á la tropa como á los vecinos; pero como nada podía darles de comer, que era lo que mas necesitaban, dijo en secreto á Galeana que lo acompañaba:

—Yo tambien estoy ya sin fuerzas, y lo peor de todo, muy enfermo de la cabeza y del estómago, Mañana en el dia me haré algun remedio y por la noche saldremos irremediamente de aquí vivos..... si no quedamos muertos en la demanda.

—No tenemos otro camino, contestó Galeana haciendo un gesto de desesperacion. ¡Y ojalá y nos duren las fuerzas hasta mañana!

Aquellos dos hombres de acero se despidieron dándose el apretón de manos mas sincero y cariñoso, expresión muda con que querían comunicarse ánimo y constancia para salir con bien de aquella terrible situación.

Al día siguiente que se supo en la población toda lo que pasaba y que ya no había esperanzas de recibir ningún auxilio, la mayor consternación se difundió entre los habitantes y las mujeres recorrieron las calles dando alaridos y pidiendo á cuantos encontraban algo de comer. Los soldados siempre en sus puestos, sin tener nada que les pudiera servir de alimento, estaban tachetados, empapados, casi cada cinco minutos andaban andando por todas partes tratando de encontrar para sí la troca como á los venidos pero como nada podía darles de comer, que era lo que mas necesitaban, dijo en secreto á Galana que lo acompañara. Y también estar ya sin fuerzas, y lo peor de todo, muy enfermo de la cabeza y del estómago. Mañana en el día me dare algún remedio y por la noche saldremos inmediatamente de aquí vivos. Si no quedamos muertos en la demanda. —No tenemos otro camino, contestó Galana haciendo un gesto de desesperación. Y así y nos fuimos en las fuerzas hasta mañana.

Volvio á entrar la ventura, volvió á salir y volvió á entrar y volvió á salir tan rápidamente como si alguna palabra oírlo, pues en realidad se sentía muy pesado del estómago á pesar de lo poco que había comido en los últimos días, sin duda porque entre eso poco había mucho asqueroso y verdaderamente insoportable, que el comía demostrando hacerlo con poca atención para ejemplo de los demás.

CAPÍTULO XXVII

LA NOCHE TRISTE DE MORELOS

El día 2 de Mayo amaneció triste y nebuloso. Cuando el cura Morelos se levantó de su lecho en el cual había pasado dos horas dormitando apenas, dominado su espíritu por los pensamientos mas sombríos, exclamó melancólicamente:

—Parece que hoy lloverá, pero ¡cuán fuera de tiempo y cuán á nuestro perjuicio! Decididamente Dios no ha querido tener piedad de nosotros. En fin ¡qué le vamos á hacer! Hoy abandonaremos esta población si es que no nos matan á todos en el camino. El caso es que hemos hecho cuanto humanamente podía hacerse en favor de nuestra causa, que á pesar de todos los contratiempos, la sigo considerando como buena, como patriótica y como santa.